

seno materno ni hambre ni sed, y que al alejarlos de la madre de la naturaleza les da dos madres adoptivas: la patria y la Providencia.»

El discurso de Jacobo Merey, humanitario y tan poco de acuerdo con los que en aquella época se pronunciaban, produjo gran efecto.

Danton le abrazó, Vergniaud le estrechó la mano, Robespierre le sonrió.

El cortejo fúnebre, que se extendía desde un extremo á otro de la calle de San Honorato, causaba un luto general.

Efectivamente, todos aquellos cuya vista profundizaba en el porvenir, sabían que aquella union cuyo elogio habia hecho Jacobo Merey no era más que momentánea.

Vergniaud habia dicho: *La revolucion es como Saturno, que devorará á sus hijos.*

Y todos, los primeros los girondinos, esperaban que la revolucion los devoraria, y tenían el presentimiento de su muerte.

Aquel duelo, aquellos funerales eran los suyos, era el luto por ellos; ¿pero seria fecunda la tierra que regasen con su sangre?

Nada de extraño tenia se preguntasen esto con inquietud, puesto que hoy, setenta y cinco años despues que esa sangre fué deramada, nos hacemos, con desesperacion, esa misma pregunta.

Le Pelletier gozaba de los honores del Panteon.

En las gradas, el hermano de Pelletier pronunció para eterna despedida esta palabra: ¡Adios!

Y sobre el cuerpo del mártir, sobre la herida abierta aun, sobre el arma que le habia herido, hicieron montañeses y girondinos la promesa de aumentar su ódio, y en nombre de la unidad de la patria se juraron union y fraternidad.

## XXIV.

## La traicion.

Pasó un mes, durante el cual lealmente fueron sostenidas las promesas hechas sobre el cadáver de Le Pelletier San-Fargeau. La Gironda tenia todavía mayoría moral. A pesar de que Robespierre gozase ya de la influencia revolucionaria, Danton y sus franciscanos tenían la mayoría numérica, ya se inclinaban á la derecha, ya á la Montaña.

Pero en medio de aquella aparente calma se veia brillar de repente el relámpago, ó se escuchaba el estallido del trueno; no caía el rayo, pero se adivinaba que estaba suspendido sobre Francia.

Cinco ó seis dias despues de la ejecucion del rey se supo que Basville, embajador francés en Roma, habia sido asesinado en un motin que el Papa no trató de evitar.

Un barbero le habia herido con una navaja de afeitar.

La noticia coincidió con la llegada á Roma de las princesas Victoria y Adelaida, hijas de Luis XV y tias de Luis XVI.

El Papa Pio VI se lavó las manos como Pilatos, pero no se castigó la muerte.

Largo tiempo hacia que Francia tenia motivos de queja de aquel hermoso Pontífice, que se pintaba como los cortesanos, que llevaba el cabello rizado como los niños, á pesar de que el rubio se habia vuelto ya blanco y que adorador de su propia belleza, la cual le favoreció para adelantar en su escandalosa juventud, quiso al subir al trono pontificio tomar el nombre de Formoso, desistiendo de este propósito por la cruel reputacion que gozó el primero de aquel nombre, que fué desenterrado por Estéban VI para formarle causa.



Singular Papa, quien más colérico que Juan II, dando de bastonazos á sus cardenales, abofeteaba á su sastre porque le hacian un pliegue sus pantalones.

Mucho habia contribuido el Papa Pio VI á la muerte de Luis XVI, animándole para la resistencia, que le pintaba como un deber.

El dia en que murió en Valence, en la tierra francesa que sus consejos habian ensangrentado, tuvo que responder del medio millon de hombres que sucumbieron en la guerra de la Vendia.

La muerte de Basville hizo mucho ruido en la Convencion.

Kellermann, resplandeciente todavía por los rayos de Valmy, fué enviado al ejército de Italia, y al despedirse de la Convencion, dijo en medio de los más frenéticos aplausos:

—Voy á Roma.

Despues, á fin de Febrero, hubo rumores en Paris por la creacion de un nuevo millar de papel-moneda.

Este bajó y subió el precio de todo. El obrero no ganaba; al contrario, ménos; pero el panadero y el tendero le exigian mayores precios.

En vano pidió Paris el *máximum*; pero el 28 de Febrero decia Marat:

—El saqueo de los almacenes, á cuyas puertas se ahorcaria á los monopolistas, pondria término á estas malversaciones.

Al dia siguiente saquearon las tiendas, y sin que interviniesen los confederados de Brest, ahorcaron á los tenderos.

La Gironda, despues de una sesion tempestuosa, obtuvo que se persiguiese por los tribunales á los autores é instigadores del saqueo.

Pero el golpe más terrible y simultáneo fué la insurreccion vendeaná y la traicion de Dumuriez.

En el Este, el sable austriaco; en el Oeste, el puñal de la Vendia; al Norte, la Inglaterra, y al Sur, la España.

Al salir de Paris, dijo Dumuriez:

—El 15 estaré en Bruselas; el 30 en Lieja.

Se equivocó; ya lo hemos repetido, y antes lo han dicho otros más autorizados; Dumuriez se engañaba.

El 14 estaba en Bruselas; el 18 en Lieja.

Las instrucciones de Dumuriez eran:

*Invadir la Bélgica y unirla á la Francia.*

Pero la revolucion caminaba muy de prisa, y la cuestion era ya demasiado sencilla.

Los belgas, comprendiendo que estaban en manos de Francia, y que esta mano era amiga, ofrecieron á Dumuriez las llaves de Bruselas.

—Guardadlas, contestó el general, y *no consentais más extranjeros en vuestro país.*

Palabras con sentido doble, dichas contra los austriacos, fueron y debian ser interpretadas contra la Francia.

Los franceses, por más que fuesen como libertadores, ¿no eran *extranjeros*?

Allí empezaba la traicion de Dumuriez; quince dias despues recibió la Convencion una exposicion con más de treinta mil firmas.

¿Qué pedian? Que se conservasen los privilegios; es decir, hemos tenido siempre la desigualdad, y la queremos todavía.

La lectura de esta peticion produjo en la Cámara la primera tempestad seria desde la muerte del rey.

Los girondinos apoyaron la exposicion belga, é invocaron el respeto por los principios de la soberanía de los pueblos.

Danton se levantó.

Danton hizo seña de que deseaba hablar. Dió tres pasos, subió á la tribuna, y su rostro apareció enérgico, burlon, amenazador.

—¡Oh Gironda, Gironda! exclamó; ¿has de ser siempre esclava de principios mezquinos y que no pertenecen á nuestra época? ¿No ves que la revolucion marcha á paso de gigante? ¿Que el 93 ha dejado atrás al 92? ¿Que el 91 es ya casi invisible para nosotros, oculto por las nieblas del pasado? ¿Que el 90 se pierde en la noche del tiempo y el 89 pertenece á la antigüedad?

Olvidas que las cuatro ó cinco mil leyes que han aparecido durante ese período han sido hechas bajo el punto de vista de la monarquía constitucional, y no bajo el régimen republicano. Desde hace tres meses somos republicanos; somos libres desde hace seis



semanas; ya es tiempo que entremos en un período nuevo, que seamos revolucionarios.

—El principio de la soberanía de los pueblos, dices honrada pero ciega Gironda; ¿pero acaso los belgas son un pueblo? La Bélgica, reino independiente, es invención inglesa. La Inglaterra no quiere la independencia de Bélgica; tiene miedo de la Francia en Amberes y en el Escaut. Bélgica no ha existido y no existirá jamás: siempre ha sido y será los Países-Bajos. ¿El pueblo belga no es soberano, soberano independiente y libre? ¿Y reclamas para él la libertad, Gironda? Eso es suicidarlo.

El pueblo belga, continuó Danton; ¿en qué reconocéis que allí hay un pueblo? ¿En la confusa mezcla de las poblaciones?

¿Y no veis de dónde viene el golpe?

De ese enemigo eterno, que la religión encontrará siempre delante de ella; del clero.

Clero en la Vendía, clero en Bélgica, clero en Paris, contra-revolucion por todas partes.

El clero de los Países-Bajos, guiado por Cupen y Vandernot, ha sido quien armó al pueblo contra José II, quien, más belga que los mismos belgas, quería librarlos de los frailes.

¿Qué deseaba José II? Hacer el Escaut navegable. Pero la Europa, Inglaterra á la cabeza, se declaró con él.

Entonces trató de hacer dos grandes puertos de Ostende y Amberes; mas no habia contado con las rivalidades municipales del Brabante, de Malinas y de Bruselas. Los belgas divididos quisieron permanecer divididos. Del mismo modo sucumbió la Italia por los celos, la desunion, el odio.

Además, ¿qué valen noventa mil firmas entre tres millones de habitantes? ¿No reconocéis en esta exposicion el *credo* de los jesuitas? Oís al jesuita Feller, que, no sólo exclama, sino que imprime: «Mil muertes antes que prestar ese juramento execrable: *Igualdad, libertad, soberanía del pueblo.*»

»*Igualdad*, reprobada por Dios, contraria á la autoridad legítima.

»*Libertad*, es decir, libertinaje, licencia, mónstruo de desorden.

»*Soberanía del pueblo*, seductora invención del génio del mal.»

¿Y es la misma poblacion fanática que invadia Santa Gudula en Octubre para pedir la destruccion de la casa de Austria, y subia de rodillas el camino del Santo Sacramento, la que hoy vocifera contra Francia?

¡Oh belgas! Desgraciados de vosotros, desgraciados de aquellos que os engañan. Los gritos de vuestros nietos maldecirán algun dia vuestra memoria.

Pues bien; repito que son esas apreciaciones falsas de nuestro derecho revolucionario las que nos pierden.

Demos la mano á los pueblos, que están cansados de la tiranía, y la Francia se salvará y el mundo se verá libre: que salgan esta misma noche vuestros comisionados y que digan á la clase opulenta: «El pueblo no tiene más que su sangre y la prodiga: vosotros, miserables, prodigad vuestras riquezas.» ¿Cómo, tenemos por palanca una patria como Francia, la razon como punto de apoyo y todavía no hemos trastornado el mundo? Carezco de hiel, no por virtud, sino por temperamento;—y al decir estas palabras, sus ojos, iluminados por un relámpago, se fijaron en Robespierre—el odio no está de acuerdo con mi carácter, continuó Danton, y no lo necesito. Mi fuerza no estriba en el odio; no tengo más interés que el del bien nacional.

Existe un enemigo, batámosle: me cansais con vuestras disensiones. Os repudio como traidores: ¿qué me importa que me llameis sanguinario? Conquistemos ante todo la libertad, no solo para nosotros, sino para todos. Espantemos á los rebeldes con leyes creadas fuera del orden general. El pueblo desea medidas enérgicas, terribles, sea; pero con inteligencia, para que el pueblo no camine á ciegas por la senda del terror.

Organizad sin levantar la sesion el tribunal revolucionario: que salgan al momento los comisionados. Que Francia en masa tome las armas: que se invada la Holanda, y que Bélgica sea libre, aun á pesar suyo, si es preciso. Arruinemos el comercio de Inglaterra y vengamos al universo.

Vergniaud quiso contestar para defender el derecho, pero cayó



sobre su banco anonadado por la tempestad de aplausos que estalló, no solo en el salon, sino tambien en las tribunas.

Parecia que Danton tenia algo más que decir. Efectivamente, se habia quedado con las dos manos apoyadas en la tribuna y la cabeza inclinada sobre el pecho, del que se escapaban hondos suspiros.

Cuando levantó la cabeza habia cambiado por completo la expresion de su fisonomía.

Un abatimiento profundo se habia apoderado de él.

—Ciudadanos representantes, dijo: no os admireis de mi tristeza; no es por la patria; Francia se salvará aunque para ello debamos perecer todos; pero mientras os pido la vida para los pueblos, la muerte se alberga en mi casa; la muerte inflexible, inexorable, la cual ha marcado ya en el reloj de la vida las horas que debe permanecer en la tierra la persona que amo sobre todo. Tal vez á ninguno de entre vosotros me atreveria á decirle en tal momento:

—Abandona el lecho de agonía de tu esposa, y marcha á donde la patria te llama, con la seguridad de que á tu regreso habrá muerto.

Y gruesas lágrimas empañaron los ojos de Danton.

—Pues bien, continuó con voz ronca y alterada por los sollozos, mandadme á Bélgica, estoy pronto; yo solo puedo algo con ese hombre que nos vende, con el pueblo á quien engañan.

Multiplicados gritos resonaron por todas partes.

—¡Marcha! ¡marcha! castiga á Dumuriez, y salva á Bélgica.

Danton hizo una seña á Jacobo Merey, y se lanzó fuera de la Cámara.

Jacobo le encontró en el corredor, y Jorge le condujo rápidamente al despacho de uno de los secretarios.

Estaban solos.

Danton se arrojó en brazos de su amigo; solo con él, no trató de ocultarle sus lágrimas.

—¡Ah! exclamó; á tí era á quien debia haber enviado á Bélgica, pero soy un egoista y te necesito.

—¡Pobre amigo mio! exclamó Jacobo estrechándole la mano.

—¿Ayer has visto á mi mujer? interrogó Danton.

—Sí.

—¿Cómo está?

Merey se encogió de hombros.

—Debilitándose de dia en dia.

—¿No tienes ninguna esperanza de salvarla?

Jacobo Merey vaciló.

—Háblame como á un hombre; añadió Jorge.

—Ninguna esperanza; contestó Jacobo.

Danton lanzó un profundo suspiro.

—¿Cuántos dias crees que pueda vivir todavía?

—Ocho, diez, doce tal vez, pero cuando ménos se crea puede arrebatarla una hemorragia.

—Amigo mio, has escuchado todo. Para salvar á la Bélgica, que me inspira compasion, y á Dumuriez, á quien amo á pesar de todo, me es preciso partir. Cuantos recursos encierra la ciencia, empléalos para salvarla, y si no, para prolongar su vida al ménos. No me escribas; ó habrá muerto ó morirá; nada, déjame en la incertidumbre, porque dudando se espera.

Jacobo hizo un signo de asentimiento.

—Si muere, continuó Danton con voz ahogada, embalsama el cuerpo y deposítalo en un ataúd de roble, que pueda abrirse con una llave, y despues la depositarás en un panteon provisional. Cuando yo vuelva, la compraré un terreno; pero antes de entregarla para siempre á la tierra, quiero... deseo verla.

Jacobo le estrechó la mano y volvió la cabeza; lloraba á su vez.

—¿Prometes hacer lo que te digo? preguntó Danton.

—Te lo juro.

—Escúchame todavía.

Jacobo prestó atencion.

—Somos hombres alimentados con la varonil razon; al combatir las preocupaciones políticas y religiosas, las hemos podido apreciar y vencerlas; pero ella es mujer, ha permanecido humilde y creyente; no debemos ni despreciarla ni reprochárselo: yo la he matado con mis ímpetus violentos.

Danton vaciló.



—Continúa; dijo Jacobo.

—Tal vez pedirá un sacerdote, es seguro; si no lo pide será por cortedad; ofréceselo tú mismo, y deja que le escoja, juramentado ó no. Sea el que quiera, puedes protegerle. Además, en todas esas pias diligencias, su madre la ayudará y recibirá sus confidencias. Los dos niños son demasiado pequeños para comprender su desgracia; pueden estar á su lado hasta el último momento, si la enfermedad no es contagiosa.

—Serás obedecido puntualmente.

—Te guardaré un reconocimiento eterno.

—¿Te acompañaré á tu casa?

—No; voy á partir, deseo ver á solas á mi esposa; ¡quiero decirle adios! También tú, añadió mirando á Jacobo, tienes un profundo pesar.

Merey sonrió tristemente.

—¿Tu corazón conserva alguna esperanza?

—Muy poca.

—Pues bien, á mi regreso me lo referirás, y el inconsolable te consolará.

—Hasta la vista: ¡ay! á ella tengo que decirle adios.

Y ambos amigos se abrazaron estrechamente.

Después Danton se dirigió á su casa con la desesperación pintada en el rostro.

Jacobo le vió alejarse con profunda tristeza, y cuando la puerta se cerró, dijo:

—Felices los humildes en la ciencia y los pobres de espíritu; creen en algo más allá de la vida; pero nosotros...

Y á su vez salió desesperado.

## XXV.

## La comunión de la tierra.

Lieja no siguió el ejemplo de Bruselas: se entregó por completo á la revolución.

De diez mil votantes, solo cuarenta rehusaron entregarse en manos de Francia, y en toda la provincia, que reunía veinte mil votantes, no hubo sino noventa y dos contra la Francia.

Hace tres ó cuatro años que, encontrándome momentáneamente en Lieja, escribí desgraciadamente estas palabras: *Lieja es una pequeña Francia extraviada en Bélgica.*

Esta frase, aunque histórica, provocó sin embargo un torrente de maldiciones contra mí.

—¡Ay! Precisamente la desgracia de Lieja fué ser demasiado francesa.

Después de haber creído en la monarquía, en el reinado de Luis XI, creyó en la república bajo la Convención.

Se perdió dos veces por tener demasiadas simpatías por los franceses.

Los lijenses tenían que echarme en cara la ingratitud de Francia, y negaron la abnegación de Lieja.

Desgraciadamente ignoraba la población quién era aquel hombre de doble faz, llamado Dumuriez.

No sabía que es muy difícil sostener la espada leal del soldado después de haber manejado la antigua pluma de los secretos diplomáticos de Luis XV.

No vió en el general sino al defensor del Argonne, al vencedor